



Apunte 4 / 2022

29 Marzo 2022

Ucrania y la defensa de Occidente

Ignacio Cosidó

Llegaríamos al peor estado de cosas, si los tiranos, los raptos y los ladrones pudieran impunemente hacer injurias y oprimir a los buenos e inocentes y no fuese lícito a estos últimos repeler sus agresiones y escarmentarlos.

Francisco de Vitoria

Hace unas semanas debatí con mis alumnos de tercer curso de Filosofía, Política y Economía la crisis ucraniana. La guerra no había comenzado aún. Tras nuestro análisis concluí que el escenario más probable sería una partición de Ucrania con una parte del territorio integrado de una forma u otra en Rusia y la neutralización del resto, impidiéndole ingresar en la OTAN y desarmándola para convertirla en todo caso en un estado vasallo de Moscú. Teníamos claro que ni europeos ni norteamericanos estaban dispuestos a mandar un solo soldado a luchar por cambiar ese triste rumbo de la historia para Ucrania. Me sorprendió que algunos de mis alumnos mostraran disconformidad con este diagnóstico y se mostraran firmes partidarios de una intervención militar que lo evitara. Les expliqué que eso tenía un claro riesgo de escalada y que podría desencadenar una tercera guerra mundial. Pero tenían la firme convicción moral de que sería un crimen dejar solos a los ucranianos y que si Putin podía invadir impunemente un país eso ponía en peligro a toda Europa. Les pregunté entonces si ellos estarían dispuestos a coger un fusil para defender un país tan lejano. Me sorprendió aún más que varios dijeran que sí, que

llegado el caso estaban dispuestos. Esa clase me resultó profundamente inspiradora, me hizo sentirme especialmente orgulloso de mis alumnos y en alguna medida me hizo recuperar esperanza en el futuro de Occidente.

Mis alumnos conocen bien el principio de polaridad de Clausewitz según el cual “si uno de los beligerantes está decidido a empeñarse por el camino de las grandes decisiones con las armas, sus posibilidades de éxito son considerables, por poco que esté seguro de que el otro no desea hacerlo”. El presidente ruso podía estar plenamente convencido de que la OTAN no deseaba en ningún caso utilizar las armas. Otorgar esa certeza ha sido nuestro principal error estratégico y el principal motivo que permitió a Putin iniciar esta guerra de ocupación. Ni los grandes discursos de condena, ni el aislamiento internacional, ni las sanciones económicas masivas lo disuadieron de utilizar la fuerza. Lo que probablemente no esperaba era una resistencia ucraniana con la firmeza y la eficacia que ha encontrado.

Hay quien piensa que la guerra en Ucrania no es nuestra guerra. Admiramos el valor de la resistencia, apoyamos su causa, nos solidarizamos con los millones de refugiados que huyen del país, castigamos económicamente a Rusia e incluso estamos dispuestos a ceder algunas armas al ejército ucraniano para que la superioridad rusa no sea tan ignominiosa, pero en ningún caso estamos dispuestos a enfrentarnos a Rusia ni siquiera hacer nada que pueda disgustarla en exceso. Cada vez que Putin nos recuerda su arsenal nuclear nos entra un terror paralizante. El Kremlin nos tiene sometidos a un chantaje de escalada del que parece no podemos escapar.

El problema es que en Ucrania está en juego algo más que la libertad de los ucranianos e incluso que la seguridad de los europeos. Ucrania es hoy una batalla decisiva en la defensa de Occidente. Si Putin logra los objetivos estratégicos de esta agresión es difícil pensar que se abstendrá en el futuro de intentar alcanzar nuevas metas, empezando por la reintegración de las repúblicas bálticas, la neutralización de Polonia o la “refinlandización” de Finlandia, Suecia y si nadie se lo impide del conjunto de Europa Occidental. Rusia podrá seguir expandiendo su área de influencia por Asia Central y aumentando su presencia en Oriente Medio o el Sahel. Pero el problema mayor no es Rusia, sino su alianza sin límite con China. La incapacidad occidental de detener a Rusia, un enemigo relativamente menor, animará al gigante chino en su pretensión de anexionarse Taiwán, hacerse con el control estratégico del Indo-Pacífico y continuar su expansión por todo el mundo hasta convertirse en un poder hegemónico global.

El mensaje de una hipotética victoria de Putin en Ucrania será además que la fuerza es la única norma en el nuevo “orden” internacional y que es posible agredir e incluso invadir cualquier país sin que nadie lo impida. Aún más, cualquiera que logre dotarse de un arsenal nuclear será libre de imponer su voluntad sin que Occidente tenga ninguna capacidad de respuesta. La lección que muchos pueden aprender de un triunfo de Putin es que las decadentes democracias occidentales no tienen nada que hacer frente al creciente poder de los regímenes totalitarios, como ya vimos en Afganistán. En definitiva, lo que nos estamos jugando en las calles de Kiev y

de muchas otras ciudades ucranianas, aunque no lo queramos ver, es la supervivencia de occidente, de nuestros valores y de nuestra forma de vida.

La cuestión de fondo es que Occidente, especialmente Europa, no está preparado para librar la guerra. No lo está en términos de capacidades. Tras varias décadas de dividendos de la paz hemos invertido tan poco en nuestra defensa que hoy nuestras Fuerzas Armadas tienen enormes carencias para el combate. Solo Estados Unidos tiene hoy la capacidad para sostener una guerra de alta intensidad y aun así con dificultades para atender un doble frente en el Atlántico y en el Pacífico. La reacción del Gobierno alemán, anunciando un aumento significativo de sus presupuestos de defensa es alentador, pero la pregunta es si no llega demasiado tarde. Otros socios, entre los que se encuentra España, están siendo mucho más vagos en su compromiso.

Pero nuestra principal incapacidad para la guerra no es de capacidades militares sino de mentalidad. Tras el horror de la II Guerra Mundial y tras la victoria de Occidente en la Guerra Fría, muchos occidentales consideraron que la guerra era algo inconcebible como forma de relación entre los estados en este siglo XXI, al menos en la vieja Europa. Instalados cómodamente en nuestra burbuja kantiana y adormecidos por nuestra propia opulencia, consideramos que la guerra era algo superado por la Historia, algo en todo caso de un mundo de bárbaros alejado de nuestras fronteras, algo inconcebible en nuestro propio continente. Es más, el fenómeno de la globalización y su entramado de intereses económicos y relaciones sociales, la explosión del comercio mundial y el desarrollo institucional y normativo del orden liberal internacional hacía de la guerra algo que solo veríamos en el cine o las series de televisión.

Las cruentas batallas a pocos kilómetros de las fronteras de la OTAN, los asedios cuasi medievales a las ciudades ucranianas, los millones de mujeres y niños que llaman a nuestras casas huyendo del horror, el heroísmo de una resistencia que lucha contra por la independencia de su patria, pero también por su voluntad de ser europeos y defender su democracia frente a la tiranía, nos ha despertado parcialmente de nuestro letargo. Aun así, muchos acallan sus conciencias al ver este desastre en la televisión con buenas palabras y gestos solidarios, pero no están dispuestos a que esta guerra, que consideran ajena, les pueda suponer sacrificio alguno.

Sorpresa estratégica

La guerra en Ucrania ha deparado sobre el terreno dos sorpresas inesperadas. La primera es que la máquina de guerra creada por Putin en las últimas décadas no es tan poderosa, ni tan eficaz como pensábamos y como probablemente él mismo creía. La corrupción generalizada que caracteriza el régimen parece que ha infectado también a su ejército, haciéndolo mucho más ineficiente de lo previsto. La información de la que disponemos es limitada y puede estar sesgada por uno y otro contendiente, pero pasado un mes desde el inicio de la guerra parece claro que

las fuerzas rusas se enfrentan a graves problemas logísticos que ha ralentizado el avance de las unidades, una utilización limitada de medios aéreos, un nivel de bajas más elevado del inicialmente estimado, dificultades tácticas en algunos frentes y problemas de moral en las tropas. Esto ha llevado al Estado Mayor del Ejército ruso a un uso más indiscriminado de los ataques contra objetivos civiles y a un replanteamiento de la operación.

La segunda sorpresa, es una capacidad de resistencia del ejército y del pueblo ucraniano mayor del esperado. El liderazgo político y mediático del presidente Zelensky, el rechazo muy mayoritario de la población a los invasores, la adaptación del ejército ucraniano a una táctica de guerrillas (especialmente en el ámbito urbano) que ralentiza el avance de las unidades de combate rusas, debilita la cadena logística y causa un número significativo de bajas, la resistencia numantina de algunas ciudades como Meriúpol, la utilización de drones y misiles contra carro y antiaéreos, están poniendo al poderoso ejército ruso en más aprietos de los esperados e incluso lo hace retroceder en algunos enclaves.

Es pronto aún para saber el resultado de una guerra que será más larga de lo previsto, pero las perspectivas de un cambio de régimen en Ucrania parecen alejarse. Incluso en el supuesto de una cada vez más improbable derrota ucraniana, es probable que la resistencia continúe tratando de poner un precio a la ocupación que sea excesivo para el Kremlin y le incite a buscar una salida negociada.

Esta tenaz resistencia ucraniana nos ofrece no solo un ejemplo moral de fe en Europa y en la libertad, sino que ofrece a su vez una oportunidad estratégica para que Putin pueda ser vencido o al menos que no pueda alcanzar los objetivos marcados con esta agresión. Para ello es fundamental que nuestros líderes pierdan el miedo y escapen del chantaje al que les tiene sometido Putin. Paradójicamente es el miedo a provocar una escalada la que puede conducirnos a una guerra total. Es mejor parar a Putin hoy en Ucrania que pararlo mañana en Polonia. Para lograr ese objetivo hacen falta más acciones y menos palabras altisonantes como las pronunciadas por Biden en Varsovia.

Apoyar a Ucrania

Occidente ha negado tres veces a Ucrania desde el final de la Guerra Fría. En las negociaciones para la cesión de las armas nucleares soviéticas a Rusia los Estados Unidos y el Reino Unido obligaron a Ucrania a ceder su arsenal sin ofrecerle ninguna garantía de seguridad a cambio. Posteriormente le ofrecimos a Ucrania unas expectativas de ingreso en la OTAN que los ucranianos creyeron pero que finalmente incumplimos, dejando a Ucrania en una situación de total vulnerabilidad. Y cuando en 2014 Putin invadió Crimea e incitó la revuelta en la región del Donbás, los occidentales aceptamos de facto esa anexión con leves sanciones económicas para Rusia. El pueblo ucraniano no merece que en este momento decisivo volvamos a fallarle.

Para ello, es necesario apoyar militarmente a Ucrania más eficazmente de lo que estamos haciendo. La diferencia de fuerzas entre Rusia y Ucrania al principio de la contienda era cuanto menos de diez a uno. Armar un poco a los ucranianos quizá solo sirva para prolongar la guerra, pero no evitará que Putin logre los objetivos por los que inició esta invasión. Los europeos comenzamos enviando cascos y chalecos antibalas y solo cuando la invasión era ya inminente nos decidimos a dotarles de algún armamento defensivo (especialmente misiles contra carro y antiaéreos). Pero la estrategia no puede ser una afganización de Ucrania, cediéndoles armamento de potencia y rango muy limitados. Si queremos forzar a Rusia a negociar el fin de la guerra es necesario dotar a Ucrania de una mayor cantidad de armas y de mayor capacidad de combate. El fiasco de los Mig29 polacos ha sido un buen ejemplo de las limitaciones de nuestro apoyo. Tenemos que dotar a las fuerzas armadas de sistemas antiaéreos de mayor alcance, de misiles antibuque, de carros y aviones de combate. No se trata solo de nuevos sistemas, sino de capacidades. Por ejemplo, dar inteligencia en tiempo real a las fuerzas ucranianas resulta esencial. El ejército ruso parece haber entrado en una fase de escalada en la que los bombardeos masivos son utilizados como forma de ablandar la resistencia en las ciudades. Estos ataques están provocando un alarmante aumento de las víctimas civiles. Aumentar las capacidades de la resistencia ucraniana es por tanto no solo una obligación moral, sino una necesidad estratégica.

En segundo término, hay que dar a Ucrania mayor apoyo económico. Más allá de la imprescindible ayuda humanitaria, condonar su deuda para que pueda hacer frente a la guerra y a la posterior reconstrucción del país sería un primer paso importante.

Por último, es preciso mayor apoyo político. Ucrania debe ser aceptada de forma inmediata como país candidato por la Unión Europea. Quiénes resisten en tantas ciudades ucranianas no luchan solo por defender la independencia, la soberanía y la integridad de su patria, lo hacen también por una vocación europea que simboliza para ellos la libertad. Europa no puede dar la espalda en estos momentos a quiénes arriesgan sus vidas por ese ideal. En un momento clave para nuestra propia supervivencia debemos saber tener la altura de miras suficientes como para que cuestiones técnicas, por importantes que sean, no nublen nuestro juicio político. Por supuesto que la integración de un país en guerra no puede ser inmediata, que habrá múltiples cuestiones que negociar y que las condiciones de integración de un país devastado deberán ser singulares, pero dar en estos momentos a Ucrania un horizonte de integración en la Unión como país candidato es vital para fortalecer la resistencia y es además una obligación moral para Europa.

Nuestro apoyo militar, político y económico debe ser además consistente y sostenido. La credibilidad de los occidentales cotiza muy a la baja después de episodios como los de Afganistán e Irak. Cuando el coste de la guerra se haga sentir en nuestras economías y el número de refugiados desborde nuestras capacidades, algunos tendrán la tentación de forzar a Ucrania a claudicar con el argumento de que más vale un acuerdo injusto que una guerra justa. Pero son

los ucranianos los que se han ganado el derecho a decidir que es justo y que es injusto. En ese momento no podemos volver a traicionar a Ucrania sin acabar definitivamente con lo que quede de nuestra debilitada credibilidad.

Evitar la catástrofe humanitaria

Putin está utilizando a los refugiados ucranianos como un arma estratégica. La táctica de arrasar ciudades enteras como ha hecho en Mariúpol y de generar el terror en el conjunto de Ucrania, incluidas las ciudades más próximas a la frontera con la OTAN, tiene un doble objetivo. Por un lado, una limpieza étnica que facilite la anexión de al menos parte del territorio ucraniano, por otro generar división y tensión entre los aliados de la OTAN. Responder a esta catástrofe humanitaria es antes que nada una obligación moral. No podemos asumir una Siria a la puerta de Europa en la que los civiles sean masacrados impunemente. Pero además es también un interés estratégico para responder a esta utilización criminal de los refugiados como arma de guerra.

La Unión Europea, de forma destacada Polonia, está dando una respuesta a la altura de la tragedia que vive Ucrania. Los millones de refugiados que han cruzado la frontera de la Unión están siendo acogidos de forma encomiable por las sociedades occidentales. Esa ola de solidaridad que recorre nuestras sociedades debe tener su reflejo en las decisiones políticas que adopten nuestros dirigentes. La acogida a las mujeres, niños y ancianos que huyen de la guerra no es suficiente. Los gobiernos occidentales no pueden permanecer de brazos cruzados ante la catástrofe humanitaria que se está produciendo en las ciudades ucranianas sitiadas por las tropas rusas. Es posible que en la primera fase del conflicto el ejército ruso actuara con cierta contención, pero el cambio de estrategia de Putin está provocando un creciente número de víctimas civiles, en muchos casos mujeres y niños. El sometimiento de estas poblaciones al bombardeo constante, destruyendo sus infraestructuras básicas e impidiendo cualquier tipo de suministro somete a millones de ucranianos al hambre, al frío y a la enfermedad sin ofrecerles vía de escape.

Las negociaciones para establecer este tipo de corredores humanitarias han sido muchas veces boicoteadas por las autoridades del Kremlin. Es evidente que la condición de Rusia de miembro del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas hace imposible ninguna operación de estas características abalada por la ONU. ¿Es posible una misión humanitaria liderada por la OTAN o por la Unión Europea para paliar esta catástrofe? Indudablemente los riesgos serían elevados, pero la no intervención en forma alguna tiene también un coste elevado, especialmente en términos morales. La responsabilidad de proteger la vida es una de las señas de identidad de nuestra civilización occidental y es un principio fundamental de nuestra política exterior. Limitarnos a ver en televisión la destrucción sistemática de esas ciudades puede ser no solo moralmente insoportable, sino políticamente inaceptable.

Hay muchas opciones que deberían estudiarse. Una sería la creación de una ciudad libre en Lyiv, la antigua ciudad de Leónidas, a solo 60 kilómetros de la frontera polaca y que podría convertirse en una ciudad símbolo como lo fue Berlín en la Alemania ocupada durante la Guerra Fría. Otra opción sería organizar operaciones de evacuación de civiles ya fuera por vía terrestre, aérea o naval. También podría crearse un puente aéreo con Kiev para suministrar la ayuda humanitaria.

Es preciso además establecer una clara línea roja sobre el uso de armas de destrucción masiva, ya sean químicas, biológicas o radiológicas en esta guerra. El uso de este tipo de armamento debería tener una respuesta inmediata y contundente por parte de la OTAN. Esa respuesta debería ser proporcional al tipo de arma empleada y el daño causado, pero en ningún caso es asumible el uso de este tipo en ningún escenario, especialmente a pocos kilómetros de la frontera de la Alianza.

Guerra económica

La administración Biden ha basado toda su respuesta a la agresión rusa en Ucrania en sanciones económicas, pero puede cometer el mismo error que la Administración del presidente Roosevelt con sus sanciones a Japón en 1941. Los Estados Unidos subestimaron entonces el miedo y el honor japonés y sobreestimaron la efectividad de esas sanciones. En el caso de Rusia podemos también confiar demasiado en sus efectos, minusvalorando la capacidad de Rusia para evadirlas y su alianza con China para amortiguarlas y al mismo tiempo no ser conscientes del enrocamiento político y estratégico al que pueden conducir.

La amenaza de sanciones económicas masivas no logró disuadir a Putin de iniciar el ataque y su aplicación difícilmente logrará que detenga la guerra por mucho que sea el daño económico que sin duda estas sanciones están provocando a la economía rusa. Es más, la experiencia histórica de las sanciones económicas ya sea en el mencionado caso de Japón, la Alemania de entreguerras, el embargo a Cuba o las sanciones a Irán, por poner solo algunos ejemplos, nunca han tenido éxito en lograr sus objetivos y en la mayoría de los casos tan solo ha conducido a un endurecimiento de los regímenes que se pretendía combatir y en muchos casos un resentimiento que perdura por generaciones. Estas sanciones son además un arma de doble filo: al mismo tiempo que arrasan la economía rusa provocan también importantes daños en las economías occidentales. Y la capacidad de sufrimiento ante la pobreza del pueblo ruso es sin duda mucho mayor que en las consumistas sociedades occidentales. Finalmente, hay una cuestión moral. ¿Merece el conjunto del pueblo ruso el castigo por las decisiones de un tirano como Putin?

Las sanciones económicas son necesarias, pero no suficientes. Deben ser aplicadas con precisión para que no generen la consolidación del régimen y el resentimiento del pueblo contra quienes las imponen. Y deben ser inteligentes para que el daño que generen a nuestros ciudadanos no

sea mayor que el que se genera a los responsables de la agresión. No creo que nuestro objetivo deba ser crear una Corea del Norte en Europa de la dimensión y el poder militar de Rusia.

En todo caso, mientras las sanciones no afecten a las exportaciones de petróleo y gas su capacidad para detener la guerra será limitado. Los hidrocarburos suponen el 50% de las exportaciones rusas y resultan vitales por tanto para la financiación de la guerra. Es más, el fuerte aumento de los precios del crudo como consecuencia entre otros factores de la propia guerra en Ucrania hace que de facto los ingresos para sostener la maquinaria de guerra rusa se hayan incrementado. Semanalmente Rusia percibe 25 mil millones de dólares por sus exportaciones de estos combustibles.

Estados Unidos, Canadá y, de forma progresiva, el Reino Unido han decretado el embargo a la compra de gas y petróleo rusos. La dependencia energética de la Unión Europea ha evitado que los aliados a este lado del Atlántico hayan adoptado esa decisión. Pero mientras logramos alternativas de suministro a medio o largo plazo, deberíamos plantear un mecanismo mediante el cual los pagos por el petróleo ruso se hicieran a un fondo cuya transferencia estaría supeditada a la retirada de sus tropas de Ucrania. Esta fórmula evitaría la paralización completa de la industria de hidrocarburos rusa, que podría así seguir manteniendo su producción y evitaría un colapso energético en Europa y un mayor incremento de los precios del petróleo en todo el mundo. Este fondo podría ser gestionado conjuntamente por Estados Unidos y la Unión Europea.

Por otro lado, es urgente seguir ampliando el objetivo de las sanciones no solo a las familias y testaferros de los oligarcas y los líderes corruptos rusos en todo el mundo, la lista Navalny (el opositor ruso encarcelado por Putin) es una buena referencia para seguir cerrando el círculo sobre la mafia económica que sostiene el Kremlin. Es preciso también identificar y perseguir a las empresas occidentales, los socios y bufetes de abogados que trabajan para ellos y que obtienen pingües beneficios por servirles de pantalla.

Conclusión: Una batalla decisiva en la defensa de Occidente

Zbigniew Brzezinski creía que “sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio, pero con Ucrania sobornada y luego subordinada, Rusia se convierte automáticamente en un imperio”. Tenemos que entender que el verdadero objetivo de Putin no es sólo Ucrania, sino que va mucho más allá. Si Putin sale victorioso de esta guerra, si logra obtener los objetivos estratégicos por los que inició esta agresión, asistiremos al renacimiento de un imperio que tendrá a la OTAN como su principal enemigo. Toda Europa debería entonces someterse a los intereses de seguridad de Rusia o atenerse a las consecuencias. La alianza de este nuevo imperio ruso con China alumbraría a su vez un nuevo orden mundial en el que los regímenes totalitarios emergerían como poderes

hegemónicos frente a las impotentes democracias occidentales. Ucrania es por tanto una batalla decisiva para la defensa de Occidente

La heroica resistencia ucraniana nos da una oportunidad para modificar nuestra estrategia y evitar ese negro curso de la historia. Nuestro objetivo inmediato debe ser derrotar a Putin, garantizar la independencia y la soberanía de Ucrania y evitar una catástrofe humanitaria mayor que la ya se ha producido. Para ello es esencial un apoyo más decidido y eficaz a Ucrania, incrementar nuestra presión sobre Rusia y marcar las líneas rojas que nos obligarán a ejercer nuestro legítimo derecho de defensa. A largo plazo debemos trabajar por fortalecer un orden internacional que impida nuevas agresiones y reintegrar a Rusia en ese orden como un país con el que podamos abordar desafíos conjuntos. No nos interesa una Rusia derrotada, resentida y depauperada, pero debemos evitar a toda costa un Putin triunfante. Encontrar un equilibrio entre esos dos extremos es un reto formidable.

Hay quien piensa que nuestro único objetivo en Ucrania debe ser evitar a toda costa una escalada que pueda conducir a un enfrentamiento nuclear, pero como escribió Francisco de Vitoria hace casi cinco siglos “no podría haber seguridad si con el temor de la guerra, no se tuviera a raya al enemigo”. El momento histórico necesita de liderazgos fuertes en los países occidentales que defiendan con determinación nuestra libertad. Líderes que impongan líneas rojas a los tiranos en lugar de imponérselas a sí mismos. Líderes a los que no les tiemble el pulso cuando se trata de salvar a los inocentes.

Ignacio Cosidó, Profesor de Filosofía, Política y Economía y director del Centro para el Bien Común Global en la Universidad Francisco de Vitoria.